

das no son tiránicas. No había, pues, temor a llegar tarde.

Cuando nos dirigíamos a la casa, Simona me preguntó con la mayor naturalidad del mundo:

—Tío; y los niños, ¿vienen también dentro de los huevos como los pollitos?

—No—respondí yo sin demostrar el menor desconcerto, porque hace mucho tiempo que esperaba la pregunta—. Los niños vienen sin cáscara, como los gatitos.

—Entonces, ¿cómo?

—Ya te lo explicaré cuando demos historia natural. Por ahora, ni tú ni Pedrito podéis comprenderlo.

No opusieron la menor objeción a esta réplica dilatoria; están acostumbrados. No obstante, Pedro preguntó aún:

—Y, ¿se pueden meter también niños en las incubadoras?

—Sí; cuando volvamos a París os llevaré a que los veáis.

—Pero, ¿niños vivos?

—Muy vivos.

Habíamos llegado a la casa. Mis dos discípulos me dejaron, completamente tranquilos de ánimo... Pero crecen y llegará un día en el que no podré contestar. «No lo comprenderíais.»

Sería un educador bien descuidado si no tuviese meditada la respuesta definitiva que habrá que darles.

CARTA VIGESIMOSEGUNDA

Una novela sentimental.—El educador y el amor.—Partido de tennis—El alma latina y el alma anglosajona.—Inercia paternal; ausencia de vergüenza de los hijos.—Cobardía en la educación.

Ambleuse, 7 de septiembre.

Asisto en estos momentos, querida sobrina (y no es el menor atractivo de mi estancia en estos lugares), a las peripecias de la pequeña novela sentimental, cuyos primeros capítulos hojeamos tú y yo el año pasado.

El verano pasado, lo mismo que éste, Silvia Bertrand Tasqué pasó en la Reina del Bosque el mes de septiembre. La Reina del Bosque está separada de Ambleuse un kilómetro escaso. Silvia tenía quince años y representaba diez y seis; Jorge de Lespinat cumplía en aquellos días los diez y siete.

Si Jorge hubiese sido uno de nuestros retóricos de París, un Noel Laterrade, mayor, y Silvia una de nuestras cotorritas modernas, una Blanca o Magdalena Demonville, la vecindad hubiese provocado un estival y frívolo flirteo, como los que veo en la nueva incubación.

Pero la adolescencia de Jorge transcurrió solitaria en una vieja mansión solariega, en compañía

de un padre que le quiere tiernamente, de aficiones absolutamente distintas a las suyas. Silvia, aunque no es desgraciada con su madrastra, no por eso ha dejado de sentir la melancolía de la orfandad infantil. De modo, que las circunstancias habían replegado prematuramente en sí mismos a estos dos seres; tenían, pues, que separarse de la moda sentimental ambiente y vivir una vida interior más intensa. La moda sentimental ambiente susurra «flirt» al oído de la juventud moderna. Pero el eco más grave de su vida interior ha murmurado «amor» al oído de Jorge y de Silvia... El año pasado no se dijeron nada el uno al otro; quizás no se dijeron tampoco nada a sí mismos. La fuerza imperiosa los acercó, los encadenó sutilmente. Un año de ausencia, sin escribirse siquiera, con tres entrevistas en París en las que no tuvieron ni un momento de libre charla, lejos de romper la cadena la consolidó... Jorge, muy dueño de sí, no deja traslucir sus sentimientos. Pero me ha confiado las pruebas de su primer libro de versos: y, en todas las páginas, he visto sonreír los labios de Silvia. Ella, por el contrario, deja desbordar la emoción conmovedora de su corazón, y no tendría que ayudarla mucho para que vertiese en mi oído sus inocentes confidencias.

Educador, seas quien fueres, sean las que sean tu doctrina y tu temperamento, he aquí tu maestro; surge en el camino de la educación, más tarde o más temprano, siguiendo a los sujetos; pero no se le puede evitar, y serían inútiles tus esfuerzos por formar el cuerpo, el espíritu, la sensibilidad de tus discípulos, sin tener en cuenta ese imperioso compañero que le espera en un recodo del camino y que te disputará su gobierno... Ya pueden cambiar las modas galantes; ya puede

la novela y el teatro del siglo XX presentarnos Lovelaces cincuentones y enamorados de cabellos grises, aun cuando un siglo antes un Faublas representaba a los diez y seis años el papel de seductor irresistible, la naturaleza no varía según el capricho de las modas, y es una imperdonable ceguera el no tener en cuenta, entre la «edad ingrata» y el fin de la educación, ese superveniente formidable: el amor. Su intervención menos peligrosa es, sin duda, cuando aparece bajo la forma de un sentimiento profundo y robusto, como el que existe entre Jorge y Silvia. Tratándose de almas infantiles, yo temo mucho más la curiosidad de los sentidos y del espíritu en que no toma parte el corazón; temo ese afán de imitar a las personas mayores, y muchas cosas más. Ahora bien: de lo que estoy seguro es de que la persona encargada de educar niños de doce a diez y seis años, que cierre los ojos para no ver nada y deje correr los acontecimientos pensando: «Eso no es cuenta mía...», es mala o imbécil.

Mas, volvamos a Jorge y a Silvia... Divirtiéndome en observarlos, favorecido de la amistad que tengo con los dos, aun cuando Jorge está más tiempo que Silvia al alcance de mi vista, he seguido fácilmente los progresos de la novela, y veo que se acerca al momento culminante. Nadie se figura nada. Silvia no tiene aquí a sus padres. Jorge, justamente reputado de chico serio, no sufre la vigilancia del suyo. Y si alguien notara que se gustan, pronunciaría una vez más con la misma sonrisa complaciente la eterna palabrita: «flirt»... Y un flirt más en la nueva incubación, ¿qué importa?

Tú y yo, Francisca, somos los únicos que sospechamos que se trata de algo más que un flirt, y que hay que tener cuidado. Por ahora, Jorge no le ha dicho nada a Silvia, estoy seguro, y Silvia no espera de Jorge ninguna declaración. Los dos se contentan con la inmensa dicha que les proporciona esta vecindad veraniega: tardes pasadas reunidos en excursiones de caza, de tennis y veladas en las que casi diariamente se reúnen las tres familias bajo el techo de una de las tres casas.

* * *

Hoy, el proyecto de la nueva incubación era reunirse en el tennis de los Demonville. Es un tennis suntuoso, como todo lo que pertenece a ese financiero. En Ambleuse y hasta en la Reina del Bosque, los chicos juegan sobre tierra apisonada; el tennis de Chambón es de asfalto, rodeado de alambrada como en los balnearios elegantes, y con una tribuna para el árbitro de los partidos, butacas inglesas para los espectadores, mesas inglesas para el té. En vez de Clemente Martín, vestido de cualquier modo (como en Ambleuse y en la Reina del Bosque), dos grooms de librea recogen las pelotas.

Como yo le debía una visita a la señora de Demonville y tengo ya experimentado que el tennis (en Francia) es uno de los lugares donde el moralista puede observar mejor a la juventud en acción, llegué a eso de las cuatro y media a la residencia de nuestra pizpireta vecina. Ella estaba recibiendo, precisamente, entre las mesas y las butacas inglesas, a algunos visitantes que se me habían

adelantado: el señor Lespinat, el pianista célebre y tu cuñada Lucía. Sin desatender mis deberes para con la señora de Demonville no dejé de seguir con atención los tres partidos y de tomar algunas notas mentales sobre los jugadores para enriquecer mi fichero.

Yo, ferviente adepto del ejercicio físico, al que le debo, me parece, una salud que ha persistido firme hasta ahora, encuentro que el tennis es de un orden inferior, y sin tratar a sus aficionados (como Kiplin) de «imbéciles de camiseta», censuro el tennis por considerarlo un deporte prácticamente inútil, una gimnasia que no tiene más objeto que sí misma. En la vida real, rara vez ocurre tener que enviar una pelota con raqueta; en cambio, muchas veces se tiene interés en alcanzar un punto con un objeto lanzado con la mano. El disco, sí es un ejercicio práctico; el tennis, no. La esgrima, la natación, la equitación, la carrera, el salto, la lucha, el patín, la gimnasia, son ejercicios útiles en el transcurso de la vida, además de que desarrollan los músculos y fortalecen los pulmones. La utilidad del tennis se limita a ese juego de los pulmones y de los músculos, y fuera del campo no tiene utilidad para nada. Pedrito y Simona no han aprendido a jugar expresamente; pero como están muy entrenados en la carrera y en la pelota, y como el tennis les divierte, no hacen en él mala figura, sobre todo Pedrito, y se les admite muchas veces en los partidos, y entonces te aseguro que ponen en el juego toda su alma.

No podré decir lo mismo de todos los adolescentes que vi evolucionar esa misma tarde a los dos lados de la red... Una vez más he podido comprobar que el tennis ha sido uno de los medios

más eficaces para que la juventud francesa rechace la antigua disciplina que separaba los dos sexos. Tú, Francisca, que perteneciste de muchacha al período de transición, ¿te acuerdas de tu madre cuando tenías que mezclarte en juegos de muchachos, cosa que en su época habría sido monstruoso? Ahora, gracias en parte al tennis, ha muerto aquel sistema absurdo que separaba a las mujeres de los hombres hasta el momento preciso en que el encuentro era más peligroso. Los deportes acostumbra a los muchachos y muchachas a conocerse desde la infancia, cuando ellas aún no sueñan y ellos no piensan todavía en el mal. Una vez llegada la adolescencia, ya no se ponen bruscamente en contacto dos curiosidades apasionadas, dos timideces ardientes, como sucedía antes, el día que la oca blanca abría sus alas en el primer baile. Por haber contribuido a esta revolución, honremos el tennis.

Sin embargo, ninguna revolución se lleva a cabo sin perjuicios. Los esclavos de la Luisiana no pasaron indemnes a la libertad. El aprendizaje para ser libre exige más de una generación. Muchas de tus contemporáneas padecieron la reforma y se descarriaron. Los de esta incubación, nacidos en costumbres menos rigurosas, corren menos riesgo de sufrir por su libertad. Pero la adaptación no es aún completa; los jóvenes franceses y las jóvenes francesas no practican, aun en 1912, la vida en común con esa naturalidad perfecta de los ingleses, como Sam Footner y su hermana May... Pude convencerme de esta diferencia en el tennis de la señora de Demonville.

Sam Footner, compañero de Blanca Demonville, luchaba contra su hermana May, compañera de Guy de Monville. May y Sam vestían cómodos tra-

jes de tennis amplios, sencillos; lo mismo el sastrero que los había confeccionado, como ellos que los habían elegido, no debieron tener más designio que adaptar su forma al objeto deportivo. Guy Demonville, por el contrario, «lanzaba» un pantalón de franela ligera y sedosa de un color rosa muy vago, una camisa del mismo tono y una corbata color amanecer. En cuanto a Blanca, como no ha querido renunciar, ni aun para el deporte, al efecto estético del «antrave», se había combinado cierto vestido exquisito, pero en el que la excesiva estrechez de la falda dificultaba los movimientos de las piernas y le hacía perder tantos en el juego. A cada pelota que perdía enviaba a Jorge de Lespinat una sonrisa perezosa que parecía decir: «Todo esto me es igual si tú me encuentras de tu gusto.» Porque Blanca Demonville marca una simpatía a Jorge tan manifiesta, que Silvia empieza a alarmarse. Guy Demonville juega maravillosamente, manejando la raqueta como debían manejar los antiguos señores franceses la lanza en los torneos, bajo la mirada de las bellas; pero tampoco juega sólo por el juego, sino también por Silvia, que ni se fija en él, por Cecilia Bernier, la linda intelectual que no desdeña las distracciones sentimentales, y por May Footner, que no tiene inconveniente en flirtear después del partido, pero que durante él juega como buena inglesa, sin pensar nada más que en ganarlo.

Pude, pues, confirmar una observación ya hecha: que los deportes en que se reúnen los dos sexos, y generalmente esta vida en común de chicos y chicas, vida conforme con las leyes de la naturaleza, y cuyas ventajas son innegables, data aún de muy poco tiempo para no carecer de peligro; porque una larga herencia de galantería

falsea aún en Francia las aproximaciones de ellos y ellas, y, en fin, que hasta el día que los franceses amen los deportes con amor desinteresado (como sus vecinos del otro lado de la Mancha) el deber de los padres es ejercer sobre esos deportes una vigilancia discreta, pero activa.

Y ¡cuál era, entretanto, la actitud de los padres?

Los padres de Silvia, de los Footner y de Cecilia Bernier estaban ausentes, habiendo tácitamente delegado poderes y deberes de vigilancia en la señora de Demonville y en tu cuñada Lucía. Ahora bien, una y otra no se preocupaban más que de charlar. Después de agotar el capítulo de los vestidos de otoño, hablaron de las dificultades para encontrar un buen mecánico de automóvil... El señor Lespinat, único padre presente, interrogaba al marqués de Lasmolles, que acababa de llegar, sobre el problema de los pararrayos... Por lo tanto, la nueva incubación volaba sin guías, como una bandada de perdices que han quedado huérfanas a la primera batida.

Seamos sinceros: la nueva incubación no parecía dolerse de este abandono. Cecilia Bernier se había acercado al pianista, cuya gloria hipnotizaba su snobismo intelectual... El tal pianista interpreta a Chopin, casi como Paderewsky; pero su reputación de hombre afortunado en amoríos está bien establecida, y él no trata de desmentirla. Un poco más lejos, se aislaban Magdalena Demonville y Noel: son dos chiquillos, de acuerdo; pero a los dos les ha dado por jugar a las «personas mayores», y Magdalena declara, sin ambages, que firtea con Noel, lo que hace reír indulgentemente a ambas mamás... En cuanto a Silvia, estuvo algún tiempo silenciosa y feliz al lado de Jorge; pero las provocativas miradas de Blanca Demonville

acabaron por afectarla, y, terminado el partido, como se adelantase Blanca hacia Jorge, Silvia dejó su sitio yendo a reunirse con el joven inglés y su hermana. También le gusta mucho Silvia a Sam Footner, es visible; pero el «flirt» de Sam no me inspira inquietud. Primero, porque el corazón de Silvia está ocupado, y después, porque tengo confianza en Sam; es un insular equilibrado, sin curiosidades, sin malicias, de temperamento tranquilo y respetuoso de la mujer, por educación y por herencia. Igualmente May, firteando con Guy Demonville, pone en esa diversión usos nacionales de prudencia y defensa femeninos que desconciertan al aturrido latino... Resumamos: todo esto es inocentísimo y delicioso, y no voy a hacer el ridículo de enturbiar la fiesta llamando al orden a los padres. Sin embargo, estimo que esta fermentación juvenil sin peligros, cuando la sigue la mirada paternal gobernándola y limitándola, no es inofensiva si agita al azar, y libremente, corazones jóvenes y temperamentos nuevos.

Lo admirable es que los padres no tienen la menor inquietud. Se diría que la pequeña revolución moderna que ha libertado a las muchachas y puesto en comunicación con el sexo contrario, los ha libertado, sobre todo a ellos, a los padres, y que dan un suspiro de alivio diciendo: «¡Gracias a Dios que ya no estamos obligados a cuidar de los chiquillos!» ¡Ahondemos más en la verdad de los hechos. Muchos padres de hoy día, lejos de defender a sus hijos de la fermentación prematura, contribuyen a apresurarla, a activarla. Hice la observación esa misma tarde, en el tennis de los Demonville.

Terminado el partido, todo el mundo se sentó alrededor de las mesas de té, chicos y grandes. La

conversación de las personas mayores prosiguió sin tener en cuenta para nada la juventud. El pianista célebre relató un escándalo parisién que provocó una hilaridad entusiasta en tu cuñada y en la señora de Demonville: dos hijas de ésta y Cecilia Bernier también celebraron los chistes. Aunque no sé si los comprendían. Guy bromeó con su hermana Blanca por la forma exagerada de su falda, con la libertad de palabra de un estudiante que habla con un camarada; y ella, sin ofuscarse, le replicó poco más o menos en el mismo tono.

Noel (itrece años escasos!...) canturreó un estribillo de café-concierto que hace ahora furor en París, gracias a sus frases de segunda intención de un gusto discutible. Su madre le dijo tranquilamente: «¡Vamos! ¡Bonitas cosas os enseñan en Condorcet!...» Había hecho reír a la asamblea, y su madre estaba un poco orgullosa de él. Hasta Jorge y Silvia, cuyas maneras son perfectamente decentes y que nunca pronuncian una frase arriesgada, no parecieron ofendidos. ¿Qué quieres? Son de estos tiempos. Y, así como ellos son deferentes, no les extraña la falta de respeto en sus contemporáneos, y siendo ellos absolutamente moderados, no les ofende tampoco la ausencia de vergüenza de los demás.

* * *

La tarde de mi visita al tennis de los Demonville, dejé intacta la cuartilla donde se proyectaba el reflejo circular de mi lámpara. No abandoné mi butaca ni escribí una línea. Este temible problema, la educación de la adolescencia, me obsesionaba. ¿Qué hacer por el corazón de todas esas

criaturas para que conserven intacta su sensibilidad, que no la estropeen, como los niños rasgan por divertirse un grabado de precio, y que, al mismo tiempo, no sea tampoco constreñida esa sensibilidad, ni ahogada por un régimen absoluto de ignorancia, de oscurantismos y de frialdad? (El sistema de separar a los dos sexos hasta el momento del matrimonio con una clausura inflexible, educando de un lado frailecillos y del otro monjitas, y después, de repente, quitar las rejas, es un sistema que rechazo por demasiado demente... Pero mezclar muchachos y muchachas, poniéndose en manos de la naturaleza y creyendo que van a pasar las cosas lo mismo que si hubiese las rejas entre ellos, es un sistema aún más imbécil que el otro. Tanto como la antigua tiranía, la despreocupación de ahora significa que se desatiende un gran deber. Es la eterna pereza educativa que aquí merece llamarse: cobardía.

Claro que comprendo que no es agradable para un padre tomar las manos de su hijo, y mirándole a los ojos, decirle: «Esto es la vida... no quiero que la conozcas por otro que no sea yo, y quiero también que la sepas a tiempo. Todas las razones que tendría para no hacerlo serían perjudiciales, porque otros que no desean tu bien como yo, no se abstendrían de hacerlo... ¡Escucha!» Y para una madre tampoco es seductora la idea de atraer a su hija hacia su seno y decirle: «Sabiedo de antemano que las cosas que voy a decirte penetrarán un día en tu espíritu, quiero que penetren llevadas por mis palabras y teniendo tu corazón junto al mío...» Minuto difícil para el padre y la madre, tanto más cuanto que, para que sea eficaz, la conversación no debe demorarse. Dejar pasar la edad ingrata sin advertir, es comprometer la

adolescencia... Por ejemplo, el caso de Noel Laterrade. De esa advertencia que su padre no le ha hecho, se ha encargado el colegio, y ¡sabe Dios en qué condiciones y con qué deformación caricaturesca! Magdalena Demonville, a los trece años, es una niña inocente. «¿Cómo?—me diría su madre—, ¿quiere usted que oscurezca esas pupilas límpidas?...» Señora, su hija de usted puede casarse dentro de tres años y ser madre dentro de cuatro... De aquí a allá esté usted segura de que esos ojos cuya limpidez la entusiasma, se abrirán a la realidad por una curiosidad peligrosa o por la malicia de otro... Apresúrese, pues. Es su deber.

Tengo sobre mi mesa dos pequeños volúmenes que he traído en mi equipaje. Uno usado en diferentes casas de educación suizas; está escrito en francés y se intitula: «La escuela de la pureza.» El otro se llama: «What young people should know.» (Lo que debe saber la juventud.) Tengo entendido que en varios colegios de América está ese libro entre las manos de niños de doce años. Tu cuñada, querida Francisca, o la señora de Demonville, se escandalizarían si les propusiese dejar ese libro al alcance de sus hijos... Sin embargo, esos dos libros son los que debían dárselos, porque son la línea recta, la sinceridad, el valor, mientras que el sistema de estas señoras es querer y no querer, es tratar hipócritamente a los niños como si no supieran lo que saben, y todo eso, sin preocuparse de lo que se habla ante ellos. Es una cobardía doble.

CARTA VIGESIMOTERCERA

La vida interior en Ambleuse.—La biblioteca.—Sección instructiva.—Griego, latín, francés, lenguas modernas, ciencias.—Fracaso de la nueva incubación.—Una conferencia sobre el arte de aprender.

Lo que me gusta de este delicioso Ambleuse, mi querida Francisca, además del silencio agradable, es que las personas y hasta las cosas conspiran para defender y caldear la vida interior. Jorge de Lespinat, sin discusión, es la muestra más encantadora de la «nueva incubación» que conozco: maneras perfectas, elegancia de aspecto, inteligencia cultivada, como sólo la tienen algunos elegidos, alma ardiente y corazón altivo, comprendo esa simultánea inclinación que siente hacia la coqueta Blanca y la tierna Silvia. Su padre, a primera vista, parece un hidalgo campesino, como se cuentan por cientos en nuestras provincias: la caza, el campo, una política limitada a los intereses propios, una docena de libros leídos al año; eso es todo lo que revela su conversación amable... Pero ahora sé por las confidencias de Jorge que este alquero cazador vivió en su juventud, y continúa viviendo una novela a lo Jorge Sand. Muy joven aún, se enamoró de una señorita de su clase, de la que hizo su esposa y con la que